

El rol del gas natural en el mundo: puente, flexibilidad y geopolítica

El gas natural ocupa un rol estratégico en la transición energética global. Es, en promedio, el energético que mejor equilibra las tensiones derivadas de la seguridad de suministro, las exigencias climáticas, la asequibilidad y la creciente inestabilidad geopolítica. Para muchos países, el gas actúa como combustible de respaldo, permitiendo sostener el sistema mientras las energías renovables escalan y ganan madurez. Para otros, representa un activo exportador clave en un mercado internacional cada vez más competitivo. En ambos casos, su relevancia no se explica únicamente por sus características técnicas, sino por la función estratégica que cumple dentro de un sistema energético en plena transformación.

A diferencia del carbón y el petróleo, el gas natural tiene un perfil de emisiones significativamente menor: su combustión genera aproximadamente un 40–50% menos CO₂ que el carbón y un 20–30% menos que el petróleo. Pero su verdadera ventaja no está únicamente en ese diferencial, sino en su capacidad para aportar flexibilidad. En sistemas eléctricos con alta penetración de renovables, la flexibilidad es un atributo tan valioso como la potencia. Las tecnologías solares y eólicas, aunque cada vez más competitivas, dependen de condiciones climáticas que fluctúan. El gas, en cambio, puede entrar y salir rápidamente del sistema, acompañando variaciones súbitas de la oferta y la demanda. Esta capacidad de modular la inyección de energía convierte al gas en el principal respaldo operativo de las renovables variables y en un estabilizador esencial de redes eléctricas modernas.

Esta función técnica se vuelve especialmente visible en regiones donde la electrificación avanza, pero todavía no existen soluciones de almacenamiento masivo y estable a gran escala. Países como Alemania, Japón, Corea del Sur, Reino Unido y varias economías del Sudeste Asiático han encontrado en el gas un complemento indispensable para sostener la transición, aun mientras expanden renovables y electrifican sectores productivos. En estos casos, el gas actúa como “puente” no por conveniencia discursiva, sino por necesidad sistémica: la transición energética es un proceso físico, no voluntarista, y requiere respaldos firmes mientras las tecnologías limpias ganan madurez y escala.

Sin embargo, la relevancia del gas natural va más allá del equilibrio técnico. En el escenario internacional, el gas se transformó en una herramienta geopolítica de primer orden. La crisis energética europea de 2021–2022 fue un punto de inflexión que modificó la arquitectura del mercado global. Hasta entonces, Europa dependía fuertemente de gas transportado por gasoducto desde Rusia, en una lógica de interdependencia relativamente estable. Con la interrupción de esos flujos, el continente se vio obligado a reposicionar su matriz energética en cuestión de meses, recurriendo masivamente al comercio global de Gas Natural Licuado (GNL). La consecuencia fue inmediata: la demanda europea redirigió barcos desde Asia, elevó precios internacionales y consolidó al GNL como un componente crítico de la seguridad energética del siglo XXI.

Este giro fortaleció a países exportadores capaces de ofrecer volúmenes confiables y contratos flexibles. Estados Unidos emergió como un actor dominante gracias a su infraestructura de licuefacción y su mercado competitivo. Qatar retomó protagonismo con inversiones de largo plazo en ampliación de capacidad. Australia consolidó su posición como proveedor clave para Asia. En paralelo, regiones emergentes —África Occidental, Mozambique, Papúa Nueva Guinea—

comenzaron a integrarse a un mercado global más diversificado. La geopolítica del gas dejó de depender únicamente de gasoductos y pasó a responder a flujos marítimos que pueden redirigirse según precios, crisis o decisiones estratégicas.

Este reordenamiento geopolítico también expuso tensiones nuevas. Por un lado, varios países desarrollados aceleran políticas de descarbonización que, en teoría, reducirán su consumo de gas en el largo plazo. Por el otro, necesitan gas hoy para sostener sus sistemas energéticos durante la transición. Esto genera un juego de doble señal que complica a países productores: deben invertir en infraestructura que puede tener una vida útil limitada, pero que al mismo tiempo es indispensable durante los próximos 10–20 años. De hecho, institutos como el Oxford Institute for Energy Studies señalan que la transición hacia una economía más limpia no elimina la necesidad de gas de inmediato; redefine dónde, cómo y para qué se utiliza.

En paralelo, el gas natural enfrenta el desafío ambiental del metano, un gas de efecto invernadero con un potencial de calentamiento mucho mayor que el CO₂. Las fugas en producción, transporte y distribución representan uno de los principales cuestionamientos ambientales al gas. Por esta razón, organismos internacionales y reguladores nacionales impulsan nuevas normas para medir, reportar y reducir emisiones fugitivas. La IEA estima que una parte sustancial de las fugas podría eliminarse con tecnologías existentes y a costos relativamente bajos. Esto significa que el futuro del gas como combustible de transición dependerá en gran medida de su capacidad para demostrar que puede operar con estándares ambientales más estrictos

A pesar de estas tensiones, el gas natural mantiene una posición central en la arquitectura energética global. No es un combustible permanente, pero sí es un recurso cuya demanda seguirá siendo significativa durante las próximas décadas, especialmente en regiones emergentes que necesitan crecer sin comprometer estabilidad económica. Su importancia radica en combinar flexibilidad técnica, menores emisiones relativas, capacidad de respaldo, infraestructura global consolidada y un peso geopolítico cada vez mayor.

En suma, el gas natural es un componente esencial de esta etapa histórica: un energético que permite avanzar hacia un sistema más limpio sin sacrificar seguridad, confiabilidad ni asequibilidad. Es el puente que sostiene la transición, y su rol, aunque temporal, es decisivo para que el cambio global pueda avanzar sin fracturas.